



Su casa es su biblioteca, o quizás habría que explicar que la biblioteca da cabida a su casa.

*Trabajo de ingreso a la Sociedad  
Nuevoleonesa de Historia, Geografía y  
Estadística del Profr. Rodolfo de León  
Garza, 1987*

*(Agradecimientos)*

Es un honor estar en este recinto, ante la presencia de distinguidas personalidades de la tarea histórica y presentar un modesto trabajo de investigación para cumplir con el trámite normal de ingreso a esta H. Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística que preside el profesor y licenciado Héctor Jaime Treviño Villarreal.

Estamos aquí dando satisfacción a una vieja aspiración personal de ser parte de esta noble institución cultural y contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, al mejor conocimiento de la Historia y, en particular, la nuestra, la de Nuevo León.

Hago un reconocimiento a quienes a través de los años han mantenido el afecto y la pasión por la verdad histórica como forma de mantener nuestras tradiciones patrióticas y nacionalistas: Santiago Roel, Timoteo L. Hernández, José P. Saldaña, Ricardo Covarrubias, Alfonso Reyes Aurrecochea, Israel Cavazos Garza, Aureliano Tapia Méndez, Rodolfo Arroyo Llano, doctor Carlos Cantú, Andrés Montemayor, etc. y los nuevos valores representados por Celso Garza Guajardo, Héctor Jaime Treviño Villarreal y quienes

desde otras trincheras buscan los orígenes y procesos de esta sociedad nuevoleonesa.

Reconocimiento especial a quienes como la licenciada Leticia Martínez Cárdenas, desde el Archivo General del Estado de Nuevo León, al profesor Celso Garza Guajardo desde el Centro de Información de Historia Regional y al profesor Héctor Jaime Treviño Villarreal, desde esta institución, impulsan, promueven y difunden el amor a nuestro pasado, como método para interpretar el presente y avizorar el futuro.

Vaya un recuerdo de agradecimiento a los clásicos de la historia nuevoleonesa como Alonso de León, José E. González, Plinio D. Ordóñez, Santiago Roel, Israel Cavazos y el profesor Timoteo L. Hernández. Aspiración y meta será, bajo su ejemplo, aportar un granito de arena a lo hecho por sus plumas.

Manifiesto mi reconocimiento a quienes me han brindado apoyo solidario e impulso en esta tarea: Celso y Héctor Jaime.

A mi señora e hijos, compromiso permanente por su sacrificio y paciencia.

A mis amigos, deuda confesada.

### *Sabinas Hidalgo, el motín de 1884*

«No tuvo buen éxito para sus autores una sublevación ocurrida en el territorio de Tepic a mediados de octubre último, y repetida a fines del mes pasado, porque habiendo ido a batirlos tropas federales se vieron los insurrectos obligados a desbandarse y sus caudillos a ocultarse en la misma sierra.

En el estado de Nuevo León hubo en noviembre del año pasado un pequeño disturbio en Sabinas Hidalgo, por cues-

tiones meramente locales. Lograron los descontentos derrotar una fuerza del Estado, más fueron despachadas en su persecución fuerzas del 2° y 13° regimientos, y se ha conseguido reducirlos al orden. Pasaron algunos de ellos a Coahuila y Tamaulipas, donde fueron perseguidos con buen suceso, quedando la paz completamente restablecida».

Con las palabras anteriores informaba el Presidente Porfirio Díaz el 1° de abril de 1885 a la representación nacional de Diputados y Senadores de los acontecimientos que envolvieron a Sabinas —él lo llama Salinas— durante varios meses de aquel año de 1884 cuando las pasiones populares se desbordaron ante las tropelías y arbitrariedades del Alcalde José María de los Santos, quien gobernaba haciendo gala del más irracional despotismo y el más torpe autoritarismo.

Aunque el Presidente Díaz trata de minimizar los sucesos a que nos hemos referido, la verdad es que su trascendencia se enmarca en la crisis que vivía el país a su llegada, por segunda vez, a la Presidencia de la República, después del periodo ocupado por Manuel González de 1880 a 1884.

Los años de 1882 y 1883 fueron agitados e inestables para el pueblo, ya que las inquietudes políticas se habían polarizado creándose un clima de divisiones que engendraban problemas y disturbios frecuentes. En 1882 era Alcalde Andrés Santos y suplente el licenciado José María de los Santos que tenía fama muy acentuada de arbitrario y dictatorial y se le acusaba de ser quien manejaba al alcalde propietario; por otra parte, los opositores que habían perdido las elecciones afirmaban que su derrota era causada por las maniobras fraudulentas de que habían sido víctimas; en estas condiciones, los cerca de cuatro mil habitantes de Sabinas vivían en medio de angustias y agitaciones que produ-



cían riñas y enfrentamientos. La división existente mantenía a todos en posiciones encendidas y prontos a la violencia.

Al margen de las inquietudes políticas, Sabinas experimentaba años de auge económico pues se denunciaban minas para su explotación en el Rincón de los Caballos, en la Mesa Catedral, en Sombreretillo y otras; las cosechas eran copiosas en cuanto a la caña de azúcar para fabricar piloncillo, maíz, frijol, vino, mezcal y la ganadería alcanzaba altos índices en las ramas de los vacunos, equinos, lanar, cabrío, etc.

Los sabinenses, nos dice el profesor Francisco J. Montemayor en su libro clásico:

«... tercios en el trabajo, cuidadosos de su hacienda y con el ánimo siempre dispuesto en acrecentarla, fincaron la base para que sus herederos siguieran esa senda de trabajo para hacer de Sabinas una de las principales poblaciones del Estado.»

El año de 1883 se significó por la llegada a la alcaldía del licenciado José María de los Santos y suplente Cecilio Garza, en medio de una fuerte oposición que se mantuvo potencial y manifiesta ante las múltiples injusticias y arbitrariedades que cometía el nuevo mandatario caracterizado por su ánimo violento y agresivo. Los malos tratos a los ciudadanos se sucedían uno tras otro, sobre todo aquellos que se hacían recaer a quienes se les consideraba enemigos; de palabra y obra se ejercían represiones injustificadas haciendo que la vida del pueblo se tornara tensa y angustiada.

El alcalde de los Santos se convirtió en un cacique en toda la extensión del término y por el más íntimo motivo encarcelaba a unos o mataba a otros y muchos más se vieron obligados a internarse en la sierra para librarse de los castigos que se les imponían.

El odio popular empezó a rodear la imagen de la administración municipal y llegó el momento en que tres ciuda-

danos a quienes encabezaba Hermelindo Pérez fraguaron un atentado para ajusticiar al licenciado De los Santos, pero fracasaron, por lo que tuvo que huir al monte donde reunió a otros 15 ó 20 descontentos con quienes atacó la Presidencia Municipal en agosto de 1884, pero fueron rechazados gracias a que la policía estaba prevenida.

En 1884 se reeligieron los mismos funcionarios: De los Santos, Cecilio Garza, como alcaldes propietario y suplente respectivamente, aumentando en forma automática el malestar popular llegando al punto del desbordamiento.

Por todos los medios la ciudadanía se quejaba a las autoridades estatales del clima represivo en que los mantenía la autoridad municipal y las numerosas tropelías que cometían, pero, nada de ello prosperaba, ya que el licenciado De los Santos contaba con el apoyo del gobernador en turno.

La policía del tiranuelo trató de encarcelar a varios sabinenses y al producirse la resistencia fue muerto Andrés de León.

Por el mes de noviembre de 1883, el alcalde citó a una junta con el propósito de llegar a un acuerdo entre los grupos enfrentados. Al entrar los opositores a la casa donde se desarrollaría el evento fueron desarmados, de tal modo que, cuando se produjo una riña, los balacearon sin piedad los servidores de la autoridad, resultando muerto Rafael Valle y heridos Isidro y Margarito González; hubo otros golpeados y apasionados.

El 5 de mayo, con motivo de la celebración de la batalla de Puebla de 1862, donde se cubrió de gloria el ejército mexicano encabezado por el General Zaragoza, el alcalde organizó un convivio ciudadano en el «Ojo de Agua» tendiente a buscar la paz entre los bandos contrarios; se invitó casa por casa a los sabinenses y se puso interés en que asistieran las mayorías, pero ya los odios y la división eran tan acen-

drados que sólo concurrieron algunos trabajadores municipales y sus familias.

Las vejaciones que sufría el pueblo y las injusticias acumuladas de que los hacía víctimas el alcalde De los Santos, obligó a que los dirigentes opositoristas organizaran juntas clandestinas para tratar de enfrentar el problema, pues, se habían convencido de que no había otro camino más que la violencia, dada la ceguera de las autoridades estatales que permanecían mudas a sus reclamos de justicia.

Las discusiones de los conspiradores los condujeron de la palabra a la acción y decidieron mandar una comisión a Estados Unidos para aprovisionarse de armas y ya para los últimos días de septiembre, en lugares previamente fijados se dieron cita para caer sobre el pueblo y hacerse justicia por su propia mano, al considerar totalmente cerradas las vías de la legalidad o el arreglo.

Al amanecer del 1° de octubre de aquel año de 1884, ciento cincuenta sabinenses dispuestos a vencer o morir en pos de la justicia y la libertad que se les había negado, avanzaron desde el Norte y cayeron sobre el pueblo «como avalancha de río impetuoso... había sonado la hora de la venganza» como escribiera el profesor Francisco J. Montemayor; encabezaban a los revolucionarios el doctor Jesús M. Sánchez, Vicente Lozano Ancira, Celso Flores, Pablo Salazar, Andrés Iparraguirre, Eleuterio Chapa, José María Soto, José María Flores, Jacobo Domínguez, Rodolfo Garza y su hermano Emeterio, Félix Morales, Margarito González, Máximo González, Jesús Morales y Jesús de los Santos Coy.

Los atacantes tomaron la presidencia municipal y dieron libertad a varios ciudadanos víctimas del odio del Alcalde, (Guadalupe Morales, Jacobo Domínguez, Celso Flores, Rodolfo Garza y Urbano Chapa); se entabló un tiroteo que du-

ró hasta las cinco o seis de la mañana contra la policía del pueblo.

Los atacantes obtuvieron éxito y derrotando a las fuerzas oficiales, persiguieron al alcalde, que, brincando bardas y paredes había huido a su casa frente a la iglesia y habiéndole encontrado debajo de una cama, lo ajusticiaron, permaneciendo sordos a sus gritos de clemencia y compasión.

Frente a la Plaza quedó muerto el policía José Ana Avila y en la «calle de piedra» su compañero Eulogio Vela que hacía algunas horas antes se había casado; un hermano del Alcalde llamado Victorio, también murió en la refriega y la señora Juliana de Esquivel que accidentalmente fue tocada por las balas. El padre del Alcalde huyó y como sobre él también recaían los odios del pueblo, se le localizó rumbo a la Hacienda Larraldeña y murió sin misericordia; por parte de los atacantes, sólo murió en el combate Narciso Martínez.

Al día siguiente de los sucesos anteriores el Gobierno del Estado organizó un destacamento militar al mando del Coronel Rangel y lo envió al pueblo para que restableciera la paz y se procediera a las averiguaciones correspondientes; sin embargo, la tensión se mantenía a su llegada y aunque no se apreciaba una actitud de resistencia o enfrentamiento, sí se observaba que en cualquier momento se desencadenarían otros sucesos violentos; por ello, el Coronel pidió más elementos militares y pronto tuvo bajo su mando unos cuatrocientos hombres dispuestos a todo.

Los amotinados no hicieron caso cuando se les pidió que depusieron las armas por lo que al ver que los refuerzos recibidos por el Coronel Rangel se multiplicaban, abandonaron el pueblo y se concentraron en la «Mesa del Tule» habiendo sostenido algunos encuentros con el enemigo, por suerte, sin mayores consecuencias.

En aquel ambiente abierto a la tragedia, se iniciaron las averiguaciones por los delitos que se habían cometido, que iban desde asesinatos y robo hasta la destrucción del Archivo; para tal procedimiento se envió al licenciado José María Avila, recién titulado; inexperto y con casi nula experiencia que lo capacitara para enfrentar a un pueblo presto a la violencia.

Aparentemente se hizo la paz y la tranquilidad social en los días siguientes a la tragedia, por lo que el Coronel Rangel regresó parte de sus fuerzas a la capital, considerando que todo marcharía bien; seguramente por tal reducción los amotinados decidieron volver a la vía de la violencia considerando que a ellos no se les podía o debía acusar de los delitos que se habían dado, pues más responsable había sido el alcalde De los Santos y su gente, por su irracional totalitarismo; de tal modo, se reorganizaron y la madrugada del 8 de noviembre cayeron sobre el pueblo y por lo sorpresivo del ataque tomaron la plaza principal muriendo el licenciado Avila y otras cuatro personas, mientras que el Coronel Rangel resultó gravemente herido lo mismo que varios de sus hombres. En seguida los atacantes se posesionaron de los caballos, las armas y pertrechos de la fuerza oficial.

El pueblo quedó en manos rebeldes, catorce más perecieron en los lamentables sucesos.

El día 9 de octubre el periódico «La defensa del pueblo» que se publicaba en Monterrey, dedicó frases dolorosas sobre los trágicos acontecimientos.

Haciendo referencia a que se había enganchado ciento cincuenta hombres para ir a Sabinas, comentaba el citado periódico:

«¡Horrorosa hecatombe de las pasiones políticas!».

«Se nos dice que el gobierno está tomando medidas energicas para castigar a los sublevados».

«¡Dios salve a Nuevo León y conceda a nuestro gobierno el mejor acierto en todas sus determinaciones!».

«¡Dios quiera y el mal ejemplo presentado por los vecinos de Sabinas Hidalgo no encuentre imitadores en los demás pueblos!».

El gobernador decidió no enviar más fuerzas contra los revolucionarios para evitar más derramamientos de sangre y tomó la resolución acertada de enviar al general Jerónimo Treviño, de notable prestigio patriótico y éste, al llegar al pueblo llamó a deponer las armas y las actitudes belicosas, ofreciendo garantías a quienes lo obedecieran, además les propuso que los jefes del movimiento lo acompañaran a Monterrey para aclarar las cosas.

Su propuesta fue aceptada y volvió a la capital llevando consigo a Guadalupe Morales Cantú, el doctor Jesús María Sánchez, Vicente Lozano Ancira y Jesús Morales. Permanecieron algún tiempo en aquella ciudad y regresaron a su tierra gozando de libertad, ya que seguramente las autoridades consideraron que no se podía culpar a nadie de lo sucedido, pues, en todo caso, la responsabilidad era de todo un pueblo que había sido obligado a tomar la ley en sus manos, cuando todas las instancias oficiales se mostraron sordas y ciegas.

Algunos sabinenses tuvieron que salir del pueblo al ser motivos de los odios populares por haber servido al licenciado De los Santos.

El domingo 23 de noviembre de 1884, el periódico antes citado comentaba el feliz final de la tragedia, alabando el papel que había jugado el general Treviño para lograr la tranquilidad del pueblo.

«Los males que ha sufrido la Villa de Sabinas —apuntaba— son incalculables; por eso es una saludable lección que

deben aprovechar todos los pueblos para arreglar sus dificultades por medios suaves y prudentes, antes que dejarse llevar por el impetuoso torrente de las pasiones políticas».

Gracias.

## *Sinergia por un bibliófilo*

*Héctor Jaime Treviño Villarreal*

**S**inecura es una palabra de género femenino que significa: empleo bien rentado y de poco trabajo.

En esta sincronía que hoy se da en este acto, al homenajear por sus cuarenta años de existencia a Semana Regional, y por esos mismos ocho lustros de bibliófilo al compañero de andanzas «históricas», Rodolfo de León Garza, quisiéramos que Rodolfo tuviera su Sinecura para que pudiese adquirir más y más libros.

Este concurso concertado que forma la Sinergia del Centro de Información de Historia Regional-Universidad Autónoma de Nuevo León, considera como sinrazón o acto injusto que De León no tenga su Sinecura, pero tampoco recomienda se utilicen los sinónimos de esta palabra, que según el diccionario respectivo son: ventaja, prebenda y enchufe, pues se prestaría a una simlcadencia, por lo que sinceramente reconocemos la sinalefa existente entre el singular gusto rodolfiano por los libros y el sincopado emolumento quincenal, lo que hace más meritoria su simpatía por los textos, para hacer llevaderas las sinuosidades del existir diario.

Nos sindicamos gustosos a este homenaje y haciendo gala de sincretismo, te deseamos un sinfín de alegrías en tu afición bibliográfica.